

Celebrante: ¿Qué nombre habéis elegido para esta niña?
Padres: Noa.

EL NOMBRE:

Hoy, muchas veces, ponemos el nombre de nuestros/as hijos/as sólo porque *suena bien* o porque está de moda. Como mucho les ponemos el nombre de un antepasado, familiar o amigo al cual admiramos o como señal de cariño hacia él.

Pero en la **tradición judía** (bíblica) el nombre es algo mucho más profundo: EXPRESA LA MISIÓN, LA VOCACIÓN, EL SIGNIFICADO DE LA VIDA DE UNA PERSONA.

Así, por ejemplo: JESÚS = Dios salva. (Lc 1, 31)

JUAN = Dios es compasivo y misericordioso. (Lc 1, 13)

RUBÉN = Dios ha reparado mi afrenta. (Gn 29, 32)

Por eso decir el nombre era *decir* a la persona y por ello el pueblo judío no pronunciaba nunca el nombre de Dios: ¿Quién podría *dominar, poseer* a Dios?

Cuando en los primeros momentos del rito del Bautismo, el sacerdote pregunta a los padres por el nombre del niño o de la niña, no es que no lo conozca y quiera enterarse, sino que quiere hacerlos descubrir que a partir de ese momento, ese nombre irá **unido indisolublemente** a su misión como bautizado o bautizada, a su **misión de cristiano** o de **cristiana**.

NOA: Forma femenina de Noé. Del hebreo *noah*, «*de larga vida, longevo*», en alusión a la historia del Diluvio Universal (Gn 6,1 – 9,17) relatada en el libro del Génesis de la Biblia. Pero también puede provenir de *noah*, «*reposo, descanso*», por el sueño de Noé tras haberse emborrachado al beber vino que él aún no conocía (Gn 9,18-29).

18 de Noviembre, El patriarca bíblico Noé: La historia del Arca de Noé, según los capítulos 6 al 9 del libro del Génesis, comienza con que al observar Yahvé el comportamiento malvado del hombre, le pesó haberle creado y se indignó en su corazón. Decide inundar la tierra y destruir todo tipo de ser viviente. Sin embargo, encontró a un buen hombre que halló gracia ante sus ojos, Noé "un hombre justo y cabal entre la gente de su tiempo", y decidió que a él le correspondería mantener el linaje de los hombres. Yaveh dijo a Noé que construyera un arca, y que llevara con él a su esposa, a sus hijos Sem, Cam y Jafet, y las esposas de éstos. Adicionalmente, tenía que llevar de todos los animales puros debía tomar siete parejas, y de los impuros una pareja, macho y hembra, y para suministrarles alimentos, le dijo que tomara y almacenara la comida necesaria.

Cuando Noé completó el Arca, él y su familia y los animales entraron, "aquel día fueron rotas todas las fuentes, y las cataratas del cielo se abrieron, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches". El diluvio cubrió hasta las montañas más altas a una profundidad de más de 20 pies y todas las criaturas de la Tierra murieron; sólo Noé y los que estaban con él en el Arca sobrevivieron.

Finalmente, después de muchos días, el Arca se aposentó en el monte Ararat, y las aguas retrocedieron por otros cuantos días hasta que emergieron las cimas de las montañas. Entonces Noé envió a un cuervo que "salió, y estuvo yendo y volviendo hasta que las aguas se secaron sobre la tierra". Luego Noé envió una paloma, que regresó

porque no tuvo donde posarse. Noé envió de nuevo a la paloma y regresó con una hoja de olivo en su pico, y entonces supo que las aguas se habían retirado. Noé esperó siete días más y envió a la paloma una vez más, y esta vez el ave no regresó. Entonces él y su familia y los animales salieron del Arca, y Noé ofreció un sacrificio a Yahvé, y este decidió que nunca volvería a maldecir a la Tierra debido al hombre, y que no volvería a destruir toda la vida en ella.

Para recordar esta promesa, Yahvé puso un arcoiris en las nubes y dijo, “Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, de todo tipo sobre la tierra”.

3 de Junio, San Carlos Luanga y compañeros mártires (entre ellos Noé Mawggali): Esa mañana, cuando el rey Mwanga reunió la corte, vibraba en el aire una espasmódica espera. En la sala se notaba la presencia insólita de algunos energúmenos, mientras el grupo de los pajes reales, espléndidos ejemplares de belleza negra, se agolpaban alrededor del trono. Mwanga les dio una orden extraña: “Todos los que no quieran rezar pueden quedarse aquí cerca del trono; en cambio, los que quieran rezar reúnanse allá contra la pared”. El jefe de los pajes, Carlos Lwanga, fue el primero en apartarse, y luego lo siguieron otros quince. “¿Pero ustedes rezan de verdad?”, preguntó el rey. “Sí, señor mío, nosotros rezamos de verdad” contestó Carlos en nombre de todos sus compañeros cristianos, que habían pasado toda la noche anterior rezando. “¿Y están resueltos a seguir rezando?” insistió el rey. “Sí, señor mío, siempre, hasta la muerte”. “Entonces, mátenlos” les dijo bruscamente el rey a los verdugos. En efecto, “rezar” equivalía a “ser cristianos” en ese reino de Mwanga, rey de Buganda, una región que actualmente pertenece a Uganda. Y en el reino de Mwanga rezar, es decir, ser cristianos, estaba absolutamente prohibido.

Los comienzos, en realidad, habían sido buenos. El rey Mutesa al principio había acogido bien, en 1879, a los Padres Blancos de Lavigérie, que después tuvieron que retirarse por las intrigas de algunos jefes. Después, en 1885, fueron llamados nuevamente por Mwanga, y encontraron cristianos comprometidos que ocupaban cargos de responsabilidad. El “katikiro”, una especie de canciller, había tramado una conjura contra el rey, pero fue descubierto por los cristianos. Entonces este se alió con los notables y brujos, y esta alianza fue fatal para los cristianos. José Mukasa Balikuddembe, consejero del rey, fue decapitado el 15 de noviembre de 1885; en mayo de 1886 fueron muertos Dionisio Sbuggwawo, Ponciano Ngondwe, Andrés Kaggwa, Atanasio Bazzekuketta, Gonzaga Gongga, Matías Kalemba, **Noé Mawggali**.

Después les tocó el turno a los pajes de los que hablábamos; pero tres se salvaron, según el uso, sacados a suerte. Entre los trece “mártires” se encontraba Mbaga Tuzinda, hijo del jefe de los verdugos. Naturalmente trató repetidamente de salvarlo, pero él no quiso separarse de sus compañeros. Entre ellos también había un niño de trece años, Kizito. Era el 3 de Junio de 1887. Los veintidós mártires de Uganda fueron beatificados por Juan XXIII, y canonizados por Pablo VI el 18 de octubre de 1964, en presencia de los Padres del Concilio Vaticano II; y el mismo Pablo VI consagró en 1969 el altar del grandioso santuario construido en Namugongo, en donde los trece pajes, dirigidos por Carlos Lwanga, quisieron “rezar hasta la muerte”.

Que vuestra hija Noa, ayudada por la gracia de Dios y vuestro ejemplo, camine siempre por este mundo firme en la fe y en la fidelidad al Dios que le dio la vida y os la regaló a través de vuestro amor.».